

A pesca de metáforas

**Al rededor del estilo**

IX

QUEDÁBAMOS en lo de la pesca de las metáforas. Se las pesca en la mar de la filología. Y es para lo mejor que sirve estando hurgando y escarbando las entrañas a un lenguaje: para sacar metáforas y resucitar así las palabras. Que sólo son vivas, que sólo son poéticas, que sólo son creadoras, cuando nos muestran su metáforas.

Ibame yo apoyado el codo en el borde del bote, a la sombra de la vela, la cara sobre la mano, hundiendo las niñas de mis ojos, las que aún llevaban como entraña la verdura de las higueras de Fuerteventura, en el fondo, en la sobre-haz de la mar. Veía subir las olas, y mi

profesión de helenista me traía a la memoria que a la ola se la llama en griego *cyma*, nuestra voz cima, y el sentido de este preñado vocablo. Porque *cyma*, nombre indicativo de un resultado de acción, viene del verbo *cyein*, que quiere decir empreñar a una mujer o, por lo menos, intentar empreñarla—pongan la voz castiza, aquella de que tanto abusan los machos, la voz—, y *cyma* es el empreñamiento y luego el embarazo que se le produce a la mujer preñada. Y con este empreñamiento, con este abultamiento de la mujer encinta, cuando se le regaza el delantal, se comparaba el hinchamiento de la ola. ¡Maravillosa metáfora que me hacía mirar con otros ojos, con ojos metafóricos, a la madre Mar!

¡Ah, mar materna, dulce y perenne fuente de consuelo, tú que sonries a nuestras trágicas floquezas, tú que lavas con tu azulez inmensa nuestras más entrañadas penas! ¡Ah, mar materna, madre de la historia, y que desde más allá de ella nos miras enseñándonos en el fondo de las niñas de tus ojos maternales el fin último de la historia misma! ¡Ah, mar materna, que en el rodar del hinchamiento de tus olas nos cantas el

canto dulcísimo del sueño de la vida, nos arrullas con el arrullo de tu virginidad maternall ¡Ah, mar materna, Madre Virgen, cómo se abogan en tu seno los rencores y los remordimientos!

Volví luego mis ojos, mis ojos metafóricos, a la tierra, a la aislada tierra de mi destierro, a esta isla maternal de Fuerteventura, y contemplé las cimas, las olas petrificadas, de sus montañas. También ellas se alzaron un día en prodigiosa preñez o las escavó el agua, el agua hoy aquí tan avara.

Y todo esto de las metáforas, a cuya pesca iba, me llevó a pensar, a metafórizar, en el estilo como causa. Porque es el estilo el que crea pensamiento, y el que carece de estilo no piensa. Aunque se aprenda los pensamientos de los demás.

Y ese camello, que está ahí rumiando, frente a la mar, mirando—¿mirando?— a la mar con esa cabeza que parece la de una gran serpiente, ese camello rumiante, ¿en qué estará pensando? ¿Piensa el camello?

¿Piensa el camello? He aquí un problema. Aunque no para el camello mismo. ¡Aunque... quién sabe...! Porque esto de si piensan el camello, el toro, el carnero, el ganso, el grillo y el loro mismo es un problema. Que puede llegar a ser pavoroso. ¿Es un problema el de averiguar qué es lo que quiere decir el loro cuando repite: «dorito real, para España y para Portugal»?

El camello también es una metáfora, ¡claro está! Pero no este camello de que aquí hablo ahora, sino el camello mismo. Un camello, como otro animal cualquiera, es una metáfora, hija del estilo.

Y si no, fijémonos en el estilo de aquellos animalotes antediluvianos de que nos quedan los esqueletos; fijémonos en los retratos que a fuerza de ciencia podemos sacar de una ictiosaurio, de un iguanodonte, de uno de aquellos enormes lagartos voladores, y veamos si ello no es cuestión de estilo. Es que la cosa a que llamamos Dios ha cambiado de estilo. El paso del mamut al elefante no se explica mas que por una evolución del estilo divino. Es Dios el que ha cambiado: el que se ha ido conociendo, descubriendo, más y mejor a si mismo. Y por eso vive este su poema, la Creación.

LLamamos la Creación al conjunto de lo creado. Y aquí de D. Juan Manuel





Ortí y Lara y de los jesuitas. Y es por que la Creación crea, la Creación crea a su Creador. O sea que el Creador se crea creando. Creando y creándose.

Allí arriba, en estas noches, contemplo a las Tres Marías en el centro de lo que el pueblo de los campos castellanos llama el Carro Triunfante, lo que los sabios llaman la constelación de Orión. A su vera, celeste carretero, chispea Sirio. Y también el cielo es otra mar y las estrellas como frutos de olas, de cimas celestiales. Son las estrellas como esos *mugles* que un momento se encienden, para apagarse al punto, en el seno de las olas, junto al muelle. Y mar y cielo y tierra, toda la Creación, son una cosa sola.

El que quiera una preceptiva del estilo, que estudie oceanografía y astronomía y geografía. Aunque hay que desconfiar mucho de todas las «grafías». No tanto, sin embargo, como de las «logías». Y la diferencia se ve bien en la que media entre «biografía» y «biología». La biografía es historia; la biología... no es nada. Cuestión, otra vez más, de estilo. El estilo biográfico—siempre autobiográfico—es estilo; el estilo biológico no es estilo.

Miguel de UNAMUNO

